deliberaciones de la política y á los cuidados de la patria.»

Los dos mas importantes de estos libros son sus *Investigaciones sobre la existencia y naturaleza de los dioses*, y su libro titulado *De la República*. En el primero se eleva por todos los grados de la idea de todos los paises, de todas las edades, y á través de las tinieblas y de todos los fantasmas de las supersticiones humanas, hasta la nocion de un Dios único, perfecto, justo, bueno, eternamente creador por su providencia, que sube á los astros y que desciende á los átomos; principio y fin de todo lo que fué, de todo lo que es, de todo lo que será; invisible, impalpable, que se llama Dios, Destino, Providencia, Creador, Remunerador, y dando á cuanto él ha creado la existencia, lugar, tiempo, moralidad, remuneracion y el fin en él, como él le ha dado el sér.

Estas doctrinas de Ciceron no son únicamente especulativas, como podria creerse; ellas respiran la práctica religiosa en toda su piedad la mas eficaz é imperativa.

«Algunos afectan creer, escribe, que la

Divinidad no se interesa por el hombre ni se mezcla en sus acciones y su destino.» Con este principio, ¿qué vendria á ser la piedad, la *santidad*, la religion? Estos son los verdaderos deberes obligatorios que es menester saber cumplir exactamente... La piedad es lo mismo que las demás virtudes; no consiste en vanas esterioridades; sin ella no hay *santidad* (palabra que significa moralidad de nuestros actos); sin ella no hay culto, y desde entonces, ¿qué viene á ser el universo? ¡Qué desórden y qué anarquía en la especie humana!» En cuanto á mí, añade, dudo si estinguir la piedad hácia la Divinidad no seria aniquilar de un mismo golpe la buena fé, la conciencia, la sociedad humana, y la virtud que ella sola sostiene el mundo, quiero decir, el instinto de la justicia!...»

LXVI.

En su libro sobre la república, es decir, sobre los principios, las leyes, las formas, los vicios y las virtudes de los gobiernos

por las que las sociedades se fundan, se sostienen, se estinguen ó se perfeccionan, Ciceron se eleva á mayor altura que en ninguno otro de sus escritos. Solo citaremos un fragmento; el *Sueño de Scipion*, que concluye el libro. La filosofía, la piedad, la virtud, la poesía, el génio de Ciceron allí brilla en algunas páginas donde su alma y la de su siglo se descubren en un lenguaje digno de todos los siglos.

El segundo Scipion, una de las mas puras glorias y de las mas grandes virtudes de Roma, es puesto en escena por Ciceron. Este segundo Scipion cuenta á sus amigos, en este diálogo, un sueño que ha tenido en Africa, sueño en el cual la sombra de su abuelo, Scipion el Africano, vencedor de Cartago, le aparece, le profetiza su funesta muerte, le anima á que persevere en los servicios ingratos que todo ciudadano debe á su patria, á despreciar la muerte, y lo que es mas sublime aun, hasta despreciar la gloria.....

«Pero, continuó mi abuelo, para que sientas redoblar tu ardor en defensa del Estado, necesitas saber que todos los que

han salvado, socorrido, engrandecido su patria, tienen en el cielo un lugar preparado de antemano, donde gozarán de una felicidad sin término. Porque el Dios Supremo que gobierna el inmenso universo no halla nada en la tierra que sea mas agradable á sus ojos que las reuniones de hombres semejantes, bajo la garantía de las leyes, que se llaman sociedades civiles. Del cielo descienden los que conducen y conservan las naciones, y al cielo vuelven.. . . . . .»

Este discurso del Africano habia infundido el terror en mi alma. Tuve sin embargo valor para preguntarle si él vivia aun, y Pablo Emilio, mi padre, y todos aquellos que miramos como muertos.

—«La verdadera vida, me dijo, comienza para aquellos que escapan de los lazos del cuerpo en que están cautivos; pero lo que llamais vida realmente es la muerte. Mira, hé aquí tu padre, que viene hácia tí!...»

Ví á mi padre, y me deshice en lágrimas; pero él, abrazándome, me prohibió llorar. . . . . .

Así que pude reprimir mis sollozos, le dije:

—«Oh, padre mio, modelo de virtudes y santidad, ya que teneis vida, como me lo enseña el Africano, ¿por qué he de permanecer por mas tiempo sobre la tierra? ¿Por qué no me he de apresurar para reunirme con vuestra celeste sociedad?...

—No, no así, hijo mio, me respondió: en tanto que Dios, cuyo templo es todo cuanto ves, no te haya librado de tu prision corporal, no puedes tener entrada en aquellas moradas. El destino del hombre es de permanecer en este globo que ves suspendido en medio del templo universal de Dios, y del que una parte se llama Tierra... Ellos han recibido un alma!... Por lo tanto, hijo mio, tú y todos los hombres religiosos, debeis retener vuestra alma en los lazos del cuerpo; ninguno de vosotros, sin el mandato del que os la ha dado, no puede salir de esta vida mortal. Ahuyentarla, os pareceria abandonar el puesto en que Dios os ha colocado. Mas antes bien, Scipion! como tu abuelo que nos escucha, como yo que te he dado la vida, piensa en vivir con justicia y piedad; piensa en el culto que debes á tus padres y á tus prógimos, que sobre todo

debes á la patria. Semejante vida es la senda que te conducirá al cielo y á la Asamblea de los que han vivido, y que al presente, desembarazados del cuerpo, habitan el lugar que ves. . . . . .»

Mi padre me mostraba ese círculo, que por su resplandeciente blancura brilla, en medio de todos los globos de fuego, y que vos llamais con una espresion tomada á los griegos: *la Via lactea*. Desdé lo alto de este orbe luminoso, contemplaba el universo y lo ví lleno de magnificencia y de maravillas. Las estrellas que no se aperciben de acá abajo, aparecieron á mi vista, y la grandeza de los cuerpos celestes se descubrió á mis ojos. Ella aventaja á cuanto el hombre ha podido nunca suponer. De todos los cuerpos, el mas pequeño, que está situado á los últimos confines del cielo, y el mas cerca de la tierra, brillaba de una luz prestada. Los globos estrellados aventajan en magnitud á la tierra. La tierra misma me pareció tan pequeña, que nuestro imperio, que no toca mas que un punto, me hizo vergüenza.

Como yo lo miraba atentamente: «Y

bien, hijo mio, me dijo, ¿tu espíritu tendrá siempre aficion á la tierra? ¿No ves á qué morada superior y santa estás llamado? .

. . . . . .»

Yo contemblaba todas estas maravillas, perdido en mi admiracion. Cuando pude recogerme, pregunté á mi padre:—¿Qué es, pues, esta armonía tan poderosa y tan dulce, en medio de la cual me parece estamos sumergidos?

—«Lo veo, dijo el Africano: tú contemplas aun la mansion y vivienda de los hombres. Pero si la tierra te parece pequeña, como en efecto lo es, eleva tus ojos hácia esas regiones celestes, desprecia todas las cosas humanas. ¿Qué fama, qué gloria digna de tus deseos, quieres alcanzar entre los hombres? Veas cuán imperceptible espacio ocupan en el globo terrestre y cuán vastas soledades separan esas pocas manchas que forman los puntos habitados. Los hombres, dispersos sobre la tierra, están talmente aislados los unos de los otros, que entre los diversos pueblos no es posible la comunicacion. Tú los ves diseminados por todas las partes de esta esfera, perdidos

por las mas largas distancias y por las mas opuestas llanuras. ¿Qué gloria podemos esperar de los que no la tienen?

«Aun cuando las futuras generaciones ensalzasen á porfía las alabanzas de cada uno de nosotros, aun cuando nuestro nombre se trasmitiera con todo su esplendor de generacion en generacion, los diluvios y los incendios que deben cambiar la faz de la tierra, en épocas irremisiblemente determinadas, arrebatarian siempre á nuestra gloria, no digo eterna, sino durable. Por otra parte, ¿qué te importará ser célebre en los siglos venideros, cuando no lo has sido en los tiempos trascurridos, y entre tantos hombres é incomparablemente mejores? .

. . . . . .

«Por eso, si renuncias venir á esta mansion, en que se hallan todos los bienes de las grandes almas, prosigue esa sombra que se llama gloria humana, y que apenas puede durar algunos dias. Pero si quieres dirigir tus miradas á lo alto y fijarlas en tu morada natural y en tu eterna patria, no dés ningun imperio sobre tí á los discursos del vulgo. Eleva tus deseos mas allá de las

recompensas humanas, y que la virtud sola te muestre el camino de la verdadera gloria y te atraiga por sí misma. Corresponde á los demás saber lo que deberán decir de tí. Sin duda hablarán; pero la mas bella nombradía se halla cautiva en esos estrechos límites en que vuestro mundo está circunscrito; ella no tiene el don de la inmortalidad; perece con los hombres, y se estingue en el olvido de la posteridad.»

Cuando hubo hablado así, le dije:

—¡«Oh, Scipion! si es verdad que los servicios prestados á la patria nos abren las puertas del cielo, vuestro hijo, que desde su infancia ha seguido vuestras huellas y las de Pablo Emilio, y que quizá no ha faltado á esa difícil herencia de gloria, quiere hoy dia redoblar sus esfuerzos á vista de este inestimable premio...»

—«¡Valor! me dijo, y acuérdate que si tu cuerpo debe perecer, tú, tu alma, no es mortal. Esa forma sensible, no eres tú; lo que constituye al hombre, es el alma, y no esa figura que puede mostrarse con el dedo. Sabe, pues, que eres divino; porque serlo es reconocer en sí la vida, la facultad de pensar, de acordarse, de preveer, de gobernar, de regir y mover el cuerpo á que estamos unidos, como el Dios verdadero gobierna sus mundos. Semejante á ese Dios eterno que mueve el universo en parte corruptible, el alma inmortal mueve al cuerpo perecedero. Ejercita esa alma á las funciones mas escelentes. No hay otra mas elevada que velar por la salud de la patria. El alma, acostumbrada á este noble ejercicio, vuela mas fácilmente hácia su celestial morada; y será tanto mas rápido, si está habituada, en la prision del cuerpo, á tomar su vuelo, á contemplar los objetos sublimes, á librarse de las ligaduras terrestres. Pero cuando la muerte hiere á los hombres entregados á los placeres, que se han hecho infames esclavos de sus pasiones, y que, empujados ciegamente por ellas, han violado todas las leyes divinas y humanas, sus almas separadas del cuerpo vagan miserablemente en torno de la tierra, y no vuelven á esta mansion sino despues de una espiacion de muchos siglos.

«A estas palabras despareció, y yo desperté...»

¿Qué se dirá hoy que sea mas bello y puro en moral? El presentimiento de Ciceron precedia al mundo en veinte siglos.

LXVII.

Mientras que este grande hombre se consolaba así conversando de su alma con ella misma, con las grandes almas de todos los siglos y con la Divinidad, de la servidumbre y degradacion de su patria, César terminaba en cuatro años la corta carrera de todos los tiranos. El crímen de sus asesinos vengaba en él el crímen del Rubicon. Sus asesinos eran Bruto, Casio, Casca y toda la juventud patricia, literata y republicana de Roma. Alimentados con las lecciones de la inflexible antigüedad y los ejemplos de Harmodio y Aristogiton, estos jóvenes se avergonzaban de vivir bajo el dominio de un jefe que les habia arrebatado toda la dignidad de la vida. Creian que la sangre del tirano purificaba el puñal. Virtud falsa y cruel que pervertia en ellos hasta la naturaleza, que convertia los ciudadanos en asesinos, que impelia á los amigos de Bruto hasta el asesinato, y quizá al mismo hijo de César hasta el parricidio! La antigüedad admiraba aun á estos asesinatos por la libertad. La humanidad actual no se engaña. La libertad, la patria, la inmortalidad misma, no aceptan por su rescate una gota de sangre destilada del hierro de los asesinos. El rescate de todo el género humano seria muy caro á este precio.

LXVIII.

Los conjurados, sea que considerasen demasiado débil, sea que supusiesen una virtud mas pura en Ciceron, todos amigos suyos, no le confiaron la conjuracion. Ellos se ocultaron de él, por miedo de ser conmovidos por sus escrúpulos. Roma estaba cansada de su idolatría por César; los plebeyos, que habia él mimado para oponerles al Senado, comenzaban á sentir el peso del yugo militar; los patricios, entre los que estaba y que satisfacia de dignidades y dá-

divas, abochornábanse de deberlas á su bajeza; el Senado votaba, pero murmuraba; los soldados aspiraban ya á venderse á otro que les diese mayor paga. Bruto y sus amigos se enardecian con la lectura de los historiadores, de los filósofos y de los poetas que divinizaban á los libertadores de los pueblos. La opinion conspiraba bastante universalmente con ellos, para que no tuviesen necesidad de confiar á muchos cómplices un proyecto que seria aplaudido por la multitud tan pronto como fuese ejecutado.»

Ocultaron sus armas bajo sus togas, esperaron á César en el Senado, se precipitaron delante de él á su entrada en el salon, como para rodearle de una diligencia mas impaciente y mas servil, besaron el faldon de su túnica, le presentaron peticiones como un lazo á su clemencia, no le mostraron grupos á su alrededor mas que de gentes conocidas y rostros amigos, deteniendo así su marcha hácia su asiento en el Senado, y, hiriéndole á competencia con veintisiete puñaladas, cayó sin vida al pié de la estátua de Pompeyo. El Senado, sobrecogido de espanto al principio de este tumulto, de horror despues y de gozo al fin, huyó por todas las salidas sin saber si habia de mostrar satisfaccion ó execrar este asesinato.

Bruto, Casio y los conjurados salieron llamando al pueblo á la libertad. El pueblo, mitad vengado, mitad enternecido, los aplaudió y los dejó solos subir al Capitolio. Antonio, lugarteniente de César, y quien en otra ocasion habia conspirado él mismo contra su vida, jefe de las tropas, fué encargado por el Senado de preservar á Roma de la anarquía. Siguió hábilmente todos los movimientos sucesivos de la emocion del pueblo; el primer dia, amigo dudoso de los conjurados; el segundo, protector declarado del Senado; el tercero, vistiendo luto por la muerte de César; el cuarto, vengador de su cadáver, desplegando desde la tribuna de las arengas su ropa ensangrentada y traspasada de puñaladas á las miradas de la multitud; luego, árbitro y señor de todo, teniendo á Roma en la indecision entre la pasion de la libertad y los peligros de la servidumbre,

obligó á Bruto y á sus amigos á alejarse de la ciudad que habian librado, temerosos de ser allí inmolados por el partido de César, que habia vuelto á tomar vigor en su sangre. Tal fué este crímen. El recuerda la tiranía por la piedad; justa espiacion de los que creen hacer justicia y causan horror por el asesinato.

LXIX.

Antonio se habia asociado hábilmente, para quedar árbitro de Roma, con otro lugarteniente de César, su rival en el ejército, llamado Lépido, quien mandaba las tropas prontas á partir para España. Engrosaron sus fuerzas de todos los veteranos diseminados en las provincias, y dejaron al Senado una soberanía aparente. Durante esta especie de interregno entre la República y la dictadura que siguió á la muerte de César, Bruto y Casio se retiraron á Lanuvio, pequeña villa del campo de Roma. Ciceron dejó brillar su gozo por el restablecimiento de la Constitucion. Dió

prisa á los conjurados para que aprovechasen el momento pronto á escapar á los que vacilan y para restablecer la antigua libertad. Bruto, mas filósofo y orador que político, parecia haber agotado toda su energía en el golpe que habia abatido al tirano. Escribia, borraba, limaba, sometia al exámen de Ciceron, reducia, recitaba y perfeccionaba aun un largo discurso, acusacion de César y justificacion de sus asesinos, que se proponia leer al Senado y al pueblo en el mes de Junio, cuando el Senado abriese sus sesiones. Orador vano, que no sabia mas que los retóricos quieren palabras, pero que las revoluciones quieren hechos!

Los amigos de César y el mismo Antonio acariciaban por su parte á Ciceron. Se esforzaban en atraerlo á su partido, ofreciéndole repetidas veces la mas alta magistratura. Habia recobrado inocentemente toda su libertad por el golpe que le habia libertado de la humillante amistad de César, y de su embarazoso reconocimiento hácia el dictador. Quedó inflexible á la cabeza de los buenos ciudadanos y de los partidarios de una República estable, patricia y mode-